

a bibliografía moderna sobre hípica, en un intento de acercar al lector a un tema muy complejo desde los parámetros modernos.

En definitiva, Canali de Rossi ha hecho un trabajo excelente en el que destaca la documentación que aporta a los demás investigadores. Solo podemos esperar a la publicación de los volúmenes restantes para tener una panorámica completa del problema y significado de las carreras de caballos en la Antigüedad.

Elena DUCE PASTOR
Universidad Autónoma de Madrid
educe@estumail.ucm.es

Stéphanie GUÉDON, *Le voyage dans l'Afrique romaine* (Scripta Antiqua 25), Bordeaux, Ausonius Éditions, 2010, 527 pp. [ISBN: 978-2-35613-030-3, ISSN: 1298-1990].

Esta monografía tiene su origen en la tesis doctoral defendida en 2006 en la Université Michel de Montaigne – Bordeaux 3. En ella se analiza una gran variedad de aspectos ligados a la práctica del viaje en el África romana. El marco cronológico abarca desde la época altoimperial, en que tuvieron lugar las primeras expediciones romanas en suelo africano, hasta la Antigüedad Tardía, en que el cambio religioso producido por la expansión del cristianismo dio lugar a nuevas motivaciones para viajar y nuevas formas de vivir la experiencia del viaje. Tal y como se advierte en la Introducción del libro, la investigación se centra especialmente en el África Proconsular, provincia donde la densa red viaria construida a partir de Augusto se correspondió con una circulación de personas más intensa que la documentada en los territorios vecinos de las dos Mauretanas.

La autora parte de una determinación del concepto de viaje en la Antigüedad romana con el fin de concretar de forma precisa su objeto de estudio. Logra así acotar no sólo el tema, sino también las fuentes, evitando caer en un planteamiento que pudiera resultar desbordante. Precisamente, en gran medida el interés de esta obra radica en la coherencia con que el objeto de la investigación ha sido delimitado y abordado a partir de una cuidada selección de textos. En concreto, el viaje se concibe como un alejamiento y posterior retorno al lugar de residencia. Es asumido el punto de vista romano, según el cual viajar implicaba siempre una separación temporal de la patria. La distancia recorrida podía variar considerablemente, pero no era la dimensión del trayecto lo relevante en la noción romana del viaje sino la expectativa del retorno o, dicho de otro modo, el carácter provisorio con que el viajero abandonaba la patria.

En lógica con lo anterior, desplazarse para cambiar de domicilio (*migrare*) no encaja en la obra, si bien la autora debe enfrentarse al hecho de que las fuentes epigráficas no siempre permiten distinguir entre viajeros y migrantes. Asimismo, la mo-

vilidad propia de los militares, al no implicar necesariamente una vuelta a la patria, queda fuera del ámbito de la investigación. Por el contrario, los desplazamientos de seminómadas sí han sido incluidos en el trabajo. La autora recuerda, en este sentido, la confusión tradicional entre nomadismo y actividades pastoriles como la trashumancia. Los pastores del Norte de África se desplazaban de forma habitual, pero tenían un lugar de residencia principal y fijo al que periódicamente regresaban, de ahí que el estudio de su modo de vida itinerante ocupe un justo lugar en la monografía.

Tras una introducción general, el contenido del libro aparece organizado en seis capítulos. El primero está dedicado al descubrimiento romano de los confines de África a comienzos del Principado. En él son analizados los viajes de exploración que tuvieron lugar a partir de Augusto por las regiones desérticas del área meridional africana. Éstos y las nuevas rutas que comenzaron a abrirse en época augustea fueron la base de los futuros viajes oficiales a través de los cuales Roma hizo patente su autoridad en suelo africano. Se incluyen en este primer capítulo referencias a la experiencia viajera de Plinio el Viejo, en su etapa como procurador del África Proconsular. El testimonio pliniano se inscribe en el marco de una escritura oficial del viaje, de manera que sus descripciones geográficas muestran el punto del vista de la apropiación del espacio por parte de Roma (p. 33).

En el segundo capítulo son analizados relatos personales de viajes. El africano Apuleyo aparece en el siglo II como el principal representante de un nuevo género literario que gira en torno al tema del viaje, real o ficticio. Sus obras oratorias, *Apolo-gía* y *Flórida*, ofrecen un relato pintoresco de la vida en las vías africanas, mientras que el viaje imaginario narrado en *El asno de oro* parece influido por la experiencia viajera del mismo Apuleyo en tierras africanas. Desde el siglo III se multiplicaron los testimonios literarios. En esa centuria las persecuciones cristianas dieron lugar a relatos sobre desplazamientos de mártires africanos, mientras que en el siglo IV el protagonismo literario recayó de lleno en Agustín, obispo de Hipona y gran viajero que recorrió por motivos pastorales las rutas del África Proconsular.

Particular interés tienen las observaciones de la autora sobre los cambios de mentalidad y percepción del viaje en época tardoantigua. A fines de la Antigüedad, África siguió siendo *terra incognita*, salvo la franja costera de la Proconsular, pero a la oposición tradicional de bárbaro-romano se superpuso la de pagano-cristiano. Por un lado, el ideal cristiano implicaba un desapego de lo terrenal y una exaltación de la vida en peregrinación a la espera de alcanzar la patria celeste; por otro lado, la práctica comunitaria de la religión reforzó el sentimiento de arraigo de los fieles hacia su patria local. Finalmente, en la difusión del cristianismo fue fundamental la movilidad tanto de los fieles como del clero que se ocupó de controlar las distintas comunidades pastorales, siguiendo las mismas vías de comunicación que Roma había instaurado y que le habían permitido dominar el territorio a nivel político.

En el tercer capítulo, dedicado a las infraestructuras del viaje, se ofrece un estado de la cuestión sobre la red viaria y los medios de transporte utilizados en el África romana. Es valorada la compleja red de vías e itinerarios secundarios y la preponderancia de las comunicaciones terrestres frente a las marítimas, debido a las dificultades de la navegación por las costas africanas. El uso del dromedario como medio

de transporte es otra de las peculiaridades puestas de manifiesto en África. En este mismo capítulo, la autora se ocupa de las infraestructuras ligadas al alojamiento de los viajeros, quienes recurrían a hospedajes públicos y privados o bien se servían del *hospitium*. En época cristiana la hospitalidad hacia las gentes de paso fue potenciada por las autoridades de la iglesia y con ella se inició un control religioso de la práctica del viaje (p. 99).

El cuarto capítulo es el más extenso de la obra. A lo largo de 87 páginas se aborda, en primer lugar, la difícil identificación de los viajeros en las fuentes escritas, lo que a su vez implica identificar a la población autóctona de las distintas comunidades, ya que el alejamiento de la patria convertía a todo viajero en extranjero. La autora, además de analizar los términos específicos para designar a los viajeros en las obras antiguas, se ocupa de los individuos citados de forma directa o indirecta en las inscripciones como foráneos y, en particular, analiza los distintos sistemas usados en la epigrafía para indicar el origen geográfico de las personas.

El estudio sistemático de la documentación, con especial atención al vocabulario histórico, se aplica también a la tipología de los desplazamientos. Distintas clases de movilidad son estudiadas: desde los viajes a gran distancia, realizados sobre todo por motivos económicos, hasta las peregrinaciones a lugares sagrados, intensificadas con el cristianismo, y otros desplazamientos con fines religiosos, como la asistencia a sínodos o concilios por parte de la jerarquía eclesiástica, sin olvidar la circulación de las tribus africanas. Esta última cuestión motiva una profunda reflexión sobre la concepción del seminomadismo africano en la historiografía tanto antigua como moderna y sobre las modalidades en que este modo de vida propio de los márgenes meridionales del África Proconsular se integró en la estructura política y territorial romana. La autora interpreta que el acantonamiento de las tribus por parte de Roma no habría respondido propiamente a una política de sedentarización, sino más bien a un intento de controlar la circulación de poblaciones móviles y los frutos de su actividad económica. Se trata, en todo caso, de una forma de vida ambulante que fue decayendo a lo largo de la época imperial romana debido a la extensión de los dominios privados e imperiales y al aumento de la actividad agrícola, pero no por imposición romana.

En el cuarto capítulo se analizan también la legislación romana en materia de viajes y los mecanismos que el Estado romano aplicó para controlar la movilidad de personas y mercancías, por motivos fiscales o de seguridad pública. En este apartado el interés se centra en la rica documentación africana sobre la existencia de oficinas del *portorium* y peajes diseminados por el territorio provincial, así como *stationes* militares que a modo de dispositivos policiales se encargaban de vigilar el tránsito de los caminos. Finalmente, es cuestionada la idea, muy extendida en la historiografía, de un endurecimiento general de la legislación de época tardorromana con objeto de limitar la libertad para viajar. Este supuesto freno a la movilidad geográfica se suele relacionar con el intento de restringir también la movilidad social, mediante la fijación hereditaria de las personas al ejercicio de una profesión. Aunque, en efecto, se dieron medidas coercitivas en este sentido, éstas no fueron generales y habrían sido aplicadas sobre todo en el medio rural. Un ejemplo de ello es la reglamentación de las *nundinae* con el fin de controlar la congregación de gentes y de evitar así posibles

focos de insurrección. Pero el desempeño itinerante de profesiones consideradas necesarias para los intereses romanos o de las colectividades locales no fue obstaculizado por Roma y, en general, la circulación por las vías norteafricanas siguió siendo intensa a fines de la Antigüedad. De forma consecuente, la autora concluye que “el ejemplo de África ilustra el empirismo del que hizo gala la autoridad romana en su legislación relativa a la práctica del viaje y a la movilidad de las personas, lejos de la idea de una política general preestablecida, tendente a forzar y a restringir sistemáticamente esta movilidad” (p. 164).

Bajo el sugerente título de “Partir es morir un poco”, el quinto capítulo del libro explora el tema de los peligros y contrariedades de los viajes, así como las formas tanto materiales como espirituales de hacer frente al desamparo que producía el abandono de la patria y el temor a morir lejos de ella. Un peligro particular que acechaba en los caminos de África eran las bestias salvajes, animales venenosos, como serpientes y escorpiones, y fieras como los leones, capaces de disuadir a los viajeros de adentrarse en las regiones más apartadas. El bandidaje se presenta como otro factor que contribuía a generar inseguridad en los caminos y junto a este fenómeno fuertemente extendido por el Imperio romano otros derivados de los conflictos religiosos y sociales propios del Norte de África en los siglos IV y V, como los ataques de los circunceliones a los obispos opuestos al donatismo con ocasión de sus viajes; ataques, por otra parte, de los que no se libró el mismo Agustín de Hipona.

Entre los recursos materiales para sortear los peligros de los viajes y orientarse en los caminos, según la autora los más comunes fueron el testimonio oral, las guías locales y en menor medida los miliarios; sin embargo, el uso generalizado de itinerarios escritos es puesto en entredicho. En cuanto a los recursos espirituales, la información aportada por Apuleyo y Agustín es comparada. El primero refleja las prácticas supersticiosas de los viajeros y su participación en un gran número de cultos locales a lo largo del camino, además de la invocación a Mercurio. Por su parte, Agustín testimonia la pervivencia de muchas tradiciones paganas ligadas a la práctica del viaje en la Antigüedad Tardía, pero también la profunda transformación del paisaje religioso de las vías norteafricanas, marcado por la implantación del culto a santos y reliquias.

El sexto y último capítulo está dedicado a los viajes propios de la vida de Estado en el África romana, tanto los protagonizados por autoridades y representantes de la administración, como los que tenían por fin el transporte de productos fiscales. Son analizadas, en primer lugar, las escasas visitas de los emperadores a tierras africanas. El primero en realizar un viaje oficial por África fue Adriano, seguido probablemente por Septimio Severo y más tarde por Maximiano, este último en el contexto de una campaña militar. En el caso de los dos primeros emperadores, la autora interpreta que en sus giras fue determinante, además de motivaciones personales, la voluntad de reforzar la autoridad imperial sobre África, sin que ello presuponga la existencia de disfunciones en las provincias que el emperador precisara corregir *in situ*. Debido a su mayor frecuencia y objetivos más concretos, los desplazamientos oficiales de los gobernadores, junto a los de sus legados y otros funcionarios imperiales, habrían tenido una mayor repercusión en la implicación de las distintas comunidades africanas en el orden político romano. Este tipo de circulación oficial remite al *cursus publicus*,

cuyo funcionamiento, gestión y financiación, sostenida por los provinciales, son objeto de un profundo estudio.

Tras un apartado de conclusiones generales, la obra se completa con un amplio aparato documental que incluye mapas, láminas, un *corpus* epigráfico de téseras de hospitalidad y *tabulae* de patronato, tablas analíticas, una relación de fuentes antiguas, una extensa bibliografía e índices de fuentes, lugares geográficos y temas.

En conclusión, nos encontramos ante una obra que destaca por la riqueza de la información que aporta y por el rigor con que la autora logra explicar la imbricación de factores que rodearon el hecho de viajar en época romana. Destaca también la diversidad de fuentes manejadas, sobre todo literarias, epigráficas y jurídicas, y el peso proporcionado que cada una de ellas tiene en el discurso histórico. El resultado es un análisis pormenorizado de un tema vital para comprender el funcionamiento de una formación estatal y cultural como fue la romana, basada en la circulación de productos, personas e ideas. El enfoque diacrónico en el análisis de las distintas cuestiones se aprecia en cada capítulo, gracias al amplio abanico cronológico de las fuentes utilizadas y, sobre todo, a los dos grandes contrapuntos que aportan Apuleyo y Agustín. La obra facilita de esta manera al lector no sólo una profundización histórica en un tema fascinante como es el de los viajes, sino también a través de él un original e ilustrativo recorrido por la historia provincial del África romana.

Alicia RUIZ GUTIÉRREZ
Universidad de Cantabria
alicia.ruiz@unican.es

María José HIDALGO DE LA VEGA, *Las emperatrices romanas. Sueños de púrpura y poder oculto* (Acta salmanticensia. Estudios históricos y geográficos 151), Salamanca, Universidad de Salamanca, 2012, 240 pp., 42 figs. [ISBN: 978-84-9012-117-7].

El libro sobre las emperatrices romanas de María José Hidalgo de la Vega es un trabajo esperado si tenemos en cuenta su trayectoria investigadora, centrada en gran parte en los estudios de la mujer romana, en general, y de las emperatrices, en particular. Elaborado desde la perspectiva de los estudios de género, se percibe en él desde las primeras páginas el intento de evitar que la obra se conforme como un simple relato biográfico marcado por el carácter patriarcal de las fuentes romanas. Por el contrario, y aplicando una rigurosa metodología, la autora afronta los problemas de fondo del discurso para aproximarse tanto al carácter real como al simbólico de las emperatrices romanas de los siglos I al III, “a través del estudio de las relaciones entre mujeres y hombres”, es decir, como historia de género al mismo tiempo que historia social y política.